

---

---

# JIM THOMPSON

## EL ASESINO DENTRO DE MI

---

---



E T I Q U E T A



N E G R A

Si el representante de la ley y el orden era el asesino, ¿qué se podía esperar de esa ciudad?

\*\*\*

Jim Thompson tiene el más fiel círculo de admiradores-lectores en el mundo de la literatura policíaca norteamericana de posguerra, y proclama a todo el que lo quiera oír, que él es el autor de las mejores novelas de criminalidad psicológica que se hayan escrito. Tantos y tan fieles fanáticos en tantos países del mundo no pueden estar equivocados.

*BLACK MASK*

\*\*\*

Todo el mundo sabe hoy que el *ranking* debe leerse de la siguiente manera: Hammett-Chandler-Thompson...

# NOTA

*Hay dos Thompson dentro de Jim, diría uno de sus amigos reflejando una de las grandes verdades respecto a la personalidad del gran escritor norteamericano de novela policiaca. Quizá se le olvidaba decir que a los Estados Unidos de la década de los cincuenta ninguno de los dos Thompson le gustaba.*

*Nacido en Oklahoma en 1906, Thompson reunió en sus años formativos una de las más impresionantes listas de oficios de proletario vagabundo que puede tener como experiencia previa un escritor que hablaría después del mundo real: camarero, encargado de hotel de mala muerte, chófer de transporte, experto en explosivos, constructor de gaseoductos, proyccionista de cine de pueblo, celador armado y, obviamente, periodista...*

*Esta educación sentimental en épocas depresivas, construyó a uno de los Thompson que traía dentro Jim, y formó a una buena parte del otro.*

*Tras dos incursiones fallidas en el mundo literario en 1942 y 1946 y una novela policiaca mediana en 1949, Thompson comienza a producir con cierta regularidad para la casa Lion libros de bolsillo, ediciones muy baratas y populares que nunca llegaban a la mesa de los críticos literarios o a las bibliotecas. Produciendo material de consumo que desaparecía del mercado totalmente (al punto que hoy en día sus novelas son inconseguibles en los Estados Unidos y que su agente solo puede ofrecer fotocopias de algunas), Thompson, sin embargo, no era un escritor por encargo que realizaba libros como churros para salir del paso. Jim ponía en cada novela lo mejor de sí mismo, lo mejor de su pasado y su conocimiento de la Norteamérica real.*

*Un hombre bueno, amable, de un moderado izquierdismo (fue puesto en las listas negras durante el maccarthismo, acusado de comunista), que escribía durante horas, esposo amante, padre ejemplar. Un retrato que se rompía como un espejo apedreado cuando se leían sus obras. Las obras que parecían salir de la pluma del otro Thompson: novelas ásperas, sin concesiones a moralidades baratas de editores, agresivas contra el lector medio del policiaco de los años 50 que buscaba en el libro de bolsillo diversión fácil y rápida. Novelas de personajes torturados, de perdedores, de psicópatas incurables que ejercían el poder en comunidades roñosas y polvorientas. Amantes viciosos, sheriffs asesinos, gansterzuelos de tercera división, ladroncillos sin autoestima, criminales accidentales que caían en las garras del destino y recorrían el descanso al averno muy preocupados por los problemas técnicos del crimen y casi sin ver a sus víctimas, sádicos, violadores...*

*Una colección de fantasmas sacada directamente de la Norteamérica real.*

*Thompson, sin que se enteraran sus editores, sin que la crítica ni siquiera se lo oliera, sin que buena parte de sus lectores lo agradeciera, estaba haciendo la gran crónica de los años 50 de los Estados Unidos.*

*Treinta años han tenido que pasar para que los lectores, los críticos y los editores de literatura policiaca rindan el homenaje al gran maestro de la década de los 50, al gran jefe del más duro y negro estilo en el circuito. Thompson murió en California en 1977 sin conocer la gloria americana (las ediciones de Berkeley Books en que fue rescatado se iniciaron en los años 80), aunque sorprendido por el tremendo éxito de algunos de sus libros en Francia, en Inglaterra e incluso en España, donde comenzaban a publicarse.*

*Diez años después de su muerte todos sabemos que el ranking se lee así: Dashiell Hammett, Raymond Chandler, Jim Thompson, Chester Himes.*

El asesino dentro de mí se publica íntegra por primera vez en nuestro idioma, incorporando los fragmentos mutilados en la primera edición, gracias a la gentileza de José Battló que nos hizo notar estas omisiones.

Etiqueta Negra ha publicado además otras novelas de Thompson: Al sur del paraíso (EN 3), Un diablo de mujer (EN 19) Los alcohólicos (EN 26) y editará próximamente Ladronzuelos y The rip off

PACO IGNACIO TAIBO II

# UNO

Había terminado el pastel y estaba en la segunda taza de café, cuando le vi. Pocos minutos antes había llegado el mercancías de medianoche; el sujeto andaba fisgando por una esquina de la ventana del restaurante, la más cercana a la estación, con una mano a guisa de visera y entornando los ojos para que la luz no le cegase. Se dio cuenta de que le observaba y desapareció en la oscuridad. Pero yo sabía que continuaba allí al acecho. Los vagos siempre me toman por un tipo fácil de despistar.

Encendí un puro y me levanté. La camarera, una chica nueva de Dallas, me miró mientras me abrochaba el abrigo.

—¡Vaya! Pero si ni siquiera lleva revólver —dijo como si me diese una gran noticia.

—No —sonreí—. Ni revólver, ni porra, ni nada que se le parezca. ¿Para qué?

—Pero usted es un poli... Bueno, *sheriff* adjunto. ¿Y si algún maleante dispara contra usted?

—Aquí, en Central City, no hay muchos maleantes, señorita —expliqué—. Y además, también son personas, aunque anden algo alejados del camino recto. Si uno no les hace nada, ellos tampoco. Se avienen a razones.

Meneó la cabeza, mirándome con ojos temerosos, y me fui hacia la caja. El propietario no quiso aceptar mi dinero, y me lo devolvió con un par de cigarros. Me dio una vez más las gracias por haberme ocupado de su hijo.

—El chico ya no es el mismo de antes, Lou —dijo, pisando una palabra con la otra, como suelen hacer los extranjeros—. No sale por las noches, va muy bien en la escuela. Y siempre habla de usted, dice que Lou Ford es una gran persona.

—Yo no hice nada —respondí—. Solo hablé con él. Tuve un poco de interés. Cualquiera otro podría haber hecho lo mismo.

—No. Solo usted —afirmó—. Al ser usted bueno, hace buenos a los demás.

Lo dijo como despedida, pero yo quería seguir. Apoyé el codo en el mostrador, crucé un pie por detrás del otro y di una larga chupada al cigarro. Me caía bien el hombre —a decir verdad, me cae bien casi todo el mundo—, demasiado como para dejarlo escapar. Educado, inteligente: un individuo como los que a mí me gustan.

—Bueno, le diré una cosa —anuncié con parsimonia—. Tal como yo lo veo, un hombre no le saca a la vida más que lo que pone en ella.

—¡Umm! —asintió con impaciencia—. Creo que tiene usted razón, Lou.

—El otro día lo estaba pensando, Max. Y de repente se me ocurrió una idea pistonuda. Como si me hubiese caído del cielo. El hombre está en germen en el niño. Así, sin más. El hombre está en germen en el niño.

La sonrisa de mi interlocutor se hizo tensa. Oí cómo crujían los zapatos al removerse con impaciencia. Si hay algo peor que un pelmazo, es un pelmazo sentencioso. Pero ¿cómo librarse de un tipo educado y cordial que está dispuesto a darte hasta la camisa si se la pides?

—Creo que yo tendría que haber sido profesor, o algo parecido —afirmé—. Hasta cuando duermo intento resolver problemas. Como el de la ola de calor que tuvimos hace varias semanas. Mucha gente se cree que lo que provoca el bochorno es el calor. Pero no es cierto, Max, no es cierto. La culpa la tiene la humedad. ¿A que no lo sabía usted?

Carraspeó, para luego insinuar que le necesitaban en la cocina. Hice como si no le oyera.

—A propósito del tiempo, le diré otra cosa —seguí—. Todo el mundo habla del tiempo, pero nadie lo arregla. Aunque tal vez sea mejor así. Detrás de las nubes está el

sol, vamos, tal como yo lo veo. Quiero decir, que si no lloviera, tampoco habría arco iris, ¿no le parece?

—Lou...

—En fin —concluí—. Creo que ya es hora de irme. Tengo que dar aún muchas vueltas por ahí, y no quiero ir luego con prisas. Las prisas hacen perder el tiempo, digo yo. Me gusta medir las distancias, antes de dar un salto.

Me estaba pasando, pero ya no podía contenerme. Castigar a la gente de ese modo era casi tan agradable como del otro, el de verdad. Ese otro modo que tanto había luchado yo por olvidar —y casi había olvidado— hasta que me topé con ella.

En ella estaba pensando cuando salí a la fría noche de Texas y vi al vago que seguía aguardándome.



## DOS

Central City fue fundada en 1870, pero nunca llegó a ser una verdadera ciudad hasta hace diez o doce años. Era un centro de transportes que traficaba con muchas reses y un poco de algodón, hasta que Chester Conway, nacido en el lugar, lo había convertido en cuartel general de la Conway Construction Company. Pero, incluso así, no era aún más que una encrucijada en una carretera de Texas. Luego vino el *boom* del petróleo, y casi de la noche a la mañana su población llegó a los 48 000 habitantes.

Bueno, el pueblo estaba enclavado en un pequeño valle rodeado de colinas. Apenas había espacio para los nuevos habitantes que se desparramaron con sus casas y sus comercios por donde pudieron, y ahora ocupan casi una tercera parte del condado. Eso no es excepcional en una región petrolera... por esta ruta hay muchas poblaciones como la nuestra. No tienen fuerza regular de policía; solo uno o dos agentes. La oficina del *sheriff* se hace cargo del orden tanto en la ciudad como en el condado.

Desempeñamos esta tarea muy bien, por lo menos desde nuestro punto de vista. Aunque, de vez en cuando, las cosas se desmandan un poco y tenemos que dar un escobazo. Fue durante una de esas limpiezas, hace cosa de tres meses, cuando la conocí.

—Se llama Joyce Lakeland —me explicó el viejo Bob Maples, el *sheriff*—. Vive a unos siete u ocho kilómetros, en Derrick Road, inmediatamente después de la vieja granja de los Branch. Tiene una casita que está bien por allá arriba, detrás de acacias.

—Creo que conozco el sitio —dije—. ¿Es una fulana, Bob?

—Bueno, es probable, aunque actúa muy discretamente. No ha hecho tonterías, ni se ha liado con los primeros que encontró por ahí. Si no me estuviesen fastidiando algunos de esos clérigos de la ciudad, no me preocuparía lo más mínimo por ella.

Me pregunté si se la beneficiaría, pero me dije que no. Tal vez no tenía mucha cabeza, pero Bob Maples era un hombre recto.

—Entonces, ¿qué hago con esa Joyce Lakeland? —le pregunté—. ¿Le digo que se largue una temporada o que no vuelva?

—Bueeeeno —se rascó la cabeza enfurruñado—. No sé, Lou. Esto... bueno, tú vas a allí a verla, te haces una idea y decides tú mismo. Estoy seguro de que serás amable y educado con ella, como tú sabes hacer. Y lo estoy también de que si es preciso actuarás con firmeza. Ve a ver lo que te parece. Tienes mi apoyo, haz lo que hagas.

Me presenté allí hacia las diez de la mañana. Aparqué el coche en el patio dando media vuelta para salir con más facilidad. La placa oficial de la oficina del *sheriff* quedaba así oculta, pero no lo hice a propósito. Tenía que ocurrir así, sin más.

Llegué al soportal, llamé y retrocedí un poco, con el Stetson en la mano.

Me sentía incómodo. Apenas sabía qué iba a decirle. Porque nosotros tal vez seamos anticuados, pero nuestras normas de conducta no son las mismas que en el Este o el Medio Oeste. Aquí todos dicen «sí, señora», y «no, señora», a cualquier persona que lleve faldas; a cualquiera mientras sea blanca, se entiende. Aquí, si se pillan a un sujeto con los pantalones bajados, se le piden excusas... aunque inmediatamente después haya que detenerle. Aquí se es hombre, hombre y caballero, o no se es nada. Y al que no lo sea, que Dios le ampare.

La puerta se entreabrió unos centímetros. Luego se abrió de par en par y ella se me quedó mirando.

—¿Qué hay? —preguntó con frialdad.

Llevaba *shorts* de dormir y un jersey de lana; su cabello oscuro estaba enredado como la cola de un borrego, y la cara sin maquillar aparecía abotagada por el sueño. Pero nada de eso importaba. Ni habría importado que saliese de una pocilga cubierta por un saco de arpillera. Tenía todo lo que quería. Bostezó sin cumplidos y volvió a preguntarme:

—¿Qué hay?

Pero yo seguía sin recuperar el habla. Creo que tenía la boca abierta como un aldeano. Eso fue hace tres meses y no me había pasado casi desde quince años atrás. Cuando tenía catorce.

La mujer medía como un metro setenta, no debía alcanzar los cincuenta kilos, y el cuello y los tobillos parecían algo más flacos de la cuenta. Pero estaba muy bien. Perfectamente bien. El Señor había acertado a distribuir la carne donde realmente convenía.

—¡Oh, Dios mío! —se echó a reír—. Pase. No acostumbro a recibir tan temprano, pero...

Sujetó la tela metálica para que pudiera entrar y me hizo un gesto. Entré, y cerró la puerta echando el pestillo.

—Lo siento, señora —dije—, pero...

—No, no se preocupe. Pero tendré que tomar primero un poco de café. Pase usted al fondo.

En el extremo de un pequeño pasillo encontré la habitación. Incómodo, oí cómo ponía el agua para el café. Me había comportado como un bobo. Con semejante comienzo, difícil resultaría mostrarme firme con ella, pero algo me decía que tendría que serlo. No sabía por qué, ni lo sé aún. Pero lo presentí desde el principio. Tenía que habérmelas con una mujercita que conseguía lo que deseaba, sin preocuparse por el precio.

Bien, que diablos, pensé; no era más que una impresión. Ella se había comportado con corrección, la casa era agradable. Decidí que le dejaría la iniciativa, al menos por el momento. ¿Por qué no? Se me ocurrió echar un vistazo a

los armarios, e inmediatamente supe por qué no. Imposible. El cajón superior de la cómoda estaba entreabierto, y el espejo ligeramente inclinado. Y una cosa son las fulanas y otra las fulanas que tienen revólver.

Lo saqué del cajón, un 32 automático, al entrar ella con la bandeja del café. Me echó una mirada fulminante y puso con un golpe la bandeja sobre la mesa.

—¿Qué está haciendo con eso? —saltó.

Me desabroché la chaqueta y mostré la insignia.

—*Sheriff* adjunto, señora. Y usted con eso, ¿qué hace?

Se limitó a coger el bolso del armario, lo abrió y sacó una licencia. Había sido extendida en Fort Worth, pero era legal. Esos documentos suelen ser admitidos en cualquier ciudad.

—¿Satisfecho, polizante? —dijo.

—Creo que está en regla, señorita —le contesté—. Pero no me llamo polizante, me llamo Ford.

Le dirigí una sonrisa afectuosa, que no fue correspondida. Mi instinto no me había engañado. Un minuto antes parecía dispuesta a tenderseme en la cama, sin importarle lo más mínimo que yo no tuviese un centavo. Pero ahora su actitud era distinta, sin que le importara tampoco que yo fuese un policía o Jesucristo en persona. Me pregunté cómo habría conseguido vivir tanto tiempo.

—¡Santo cielo! —se mofó la mujer—. El tío más guapo que he visto en mi vida, y resulta que es un asqueroso y un entrometido polizante. ¿Cuánto va a ser? Yo no me acuesto con polis.

Noté que me ponía colorado.

—Señora, no es usted muy cortés. Solo vine para charlar un poco —expliqué.

—¡Estúpido bastardo! —chilló—. Te he preguntado cuánto quieres.

—Ya que insiste, se lo diré. Quiero que se largue de Central City antes de que anochezca. Si la pillo por aquí más tarde la haré encerrar por prostitución.

Me encasqueté el sombrero y me dirigí hacia la puerta. Se me plantó delante cerrándome el paso.

—¡Miserable hijo de puta! Tú...

—No me llame eso —dije—. No lo repita, señora, o...

—Te lo he llamado y te lo volveré a llamar. Hijo de puta, bastardo, chulo...

Traté de abrirme paso a la fuerza. Tenía que salir de allí. Sabía lo que ocurriría si no me iba inmediatamente, y no podía consentirlo. Era capaz de matarla. Podía volverme la *enfermedad*. Y aunque no sucediese una cosa ni otra, estaba perdido. Se iría de la lengua. Se pondría a chillar por todas partes. La gente empezaría a pensar, a pensar y a preguntarse qué ocurrió quince años antes.

Me abofeteó con tanta fuerza que los oídos me retumbaron, primero uno, luego el otro. Continuó pegándose una y otra vez. Se me cayó el sombrero. Al agacharme para recogerlo, me clavó la rodilla en el mentón. Vacilé sobre mis talones y me encontré sentado en el suelo. Oí una risita malévola, seguida de otra más suave, a modo de excusa. Me dijo:

—Caray, *sheriff*, yo no quería... yo... me sacó usted de quicio, y... yo...

—Claro —sonreí. Empezaba a distinguir de nuevo los objetos y a recuperar el habla—. Claro, señora. Lo comprendo. A mí también me pasa a veces. ¿Me ayuda a levantarme?

—¿No... no me pegará?

—¿Yo? ¡Oh! Por favor, señora...

—No —exclamó casi defraudada—. Sé que no lo haré. Se le ve en seguida que tiene buen carácter.

Se inclinó lentamente hacia mí y me tendió las manos.

Me levanté de un salto. Asiéndole de las muñecas con una mano empecé a golpearla con la otra. Casi perdió el conocimiento, pero yo no quería que se desmayase. Tenía que darse cuenta de lo que le ocurría.

—No, preciosa —le mostré toda mi dentadura—. No te voy a pegar. Solo voy a arrancarte el culo a tiras.

No era una bravata, lo dije en serio y casi lo cumplí.

Tiré del jersey hacia arriba hasta cubrirle la cabeza y le hice un nudo. Luego la tumbé en la cama, le bajé los *shorts* de un tirón y la até los pies con ellos.

Me desabroché el cinturón y lo balanceé sobre mi cabeza...

No sé cuánto tiempo pasó hasta que me detuve, al recuperar el dominio de mí mismo. Solo sé que el brazo me dolía terriblemente y que sus nalgas estaban en carne viva. Me sentía asustado hasta lo indecible, asustado casi hasta el punto de perder la cabeza.

Le desaté los pies y liberé su cara del jersey. Empapé una toalla en agua fría y se la apliqué. Le puse en los labios una taza de café. Y mientras, le hablaba y hablaba sin parar, suplicándole que me perdonase, explicándole lo mucho que lo sentía.

Me arrodillé junto a la cama, le pedí perdón una y otra vez. Al fin, sus párpados temblaron y se abrieron.

—No... —musitó.

—No —respondí—. No, señora. Le juro por Dios que jamás volveré...

—Calla —me acarició los labios con los suyos—. No digas eso.

Volvió a besarme. Empezó a desabrocharme la corbata, la camisa, desnudándose después de haberla casi desollado viva.

Volví al día siguiente y al otro. Ya no pude dejar de acudir. Era como si un huracán hubiese avivado un viejo fuego que se extinguía. Empecé a zaherir a la gente con indiferencia, a injuriarla a falta de otra cosa. Empecé a pensar en ajustarle las cuentas a Chester Conway, de la Conway Construction Company.

No puedo ocultar que lo había pensado muchas veces antes. Tal vez, si me había quedado tantos años en Central

City era solo con la esperanza de vengarme de él. Pero de no ser por Joyce, creo que nunca me habría atrevido a intertarlo. Ella avivó el fuego que ardía bajo las cenizas. Hasta me enseñó lo que debía hacer con Conway.

Joyce me proporcionó la solución sin saberlo. Fue un día, o mejor una noche, seis semanas después de habernos conocido.

—Lou —dijo—. No quiero seguir así. Vayámonos de esta maldita ciudad juntos, tú y yo solos.

—¿Cómo? ¿Estás loca? —le contesté, sin conseguir contenerme—. ¿Crees que yo...?

—Continúa, Lou. Quiero oírlo de tus propios labios. Dímelo —y comenzó a arrastrar las palabras—. Nosotros los Ford somos de muy buena familia. Dímelo, nosotros, los Ford, señora, jamás viviríamos con una puta vieja y despreciable, señora. Nosotros, los Ford, no hacemos así las cosas, señora.

Era verdad en parte, una buena parte de la verdad. Pero no era lo principal. Yo sabía que Joyce alentaba lo peor que había en mí, sabía que de no detenerme pronto, jamás volvería a conseguirlo. Acabaría en la cárcel o en la silla eléctrica.

—Dilo, Lou. Dímelo, que te voy a responder.

—No me amenes, preciosa —le dije—. No me gustan las amenazas.

—No te amenazo, solo te digo lo que te pasa. Tú te crees que eres demasiado para mí y yo..., yo...

—Sigue. Ahora te toca hablar a ti.

—No quería decírtelo, Lou, querido, pero yo no te voy a soltar. Nunca, nunca, nunca. Si ahora eres demasiado para mí, ya haré yo que dejes de serlo.

Le di un beso, un beso muy largo y duro. Porque Joyce no lo sabía, pero estaba muerta, y sin embargo nunca la había amado tanto como en aquel momento.

—Bueno, encanto, escúchame —le dije—. Has montado un drama tremendo, y total para nada. Lo que a mí me